

**NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA**



Año IV
Número 186

25 cts.

Protagonistas
Reed Howes y
Alma Bennett

Como un ciclón

Con este número se regala el retrato y biografía de RODOLFO VALENTINO

Novela Popular

Cinematográfica

THE PYLONE RIDER 1924

COMO UN CICLON

Argumento, en forma de novela, de la grandiosa película del mismo título. Superproducción de la famosa casa Fox, de la que es concesionaria, para España y Portugal, «Hispano Foxfilma», Valencia, número 280

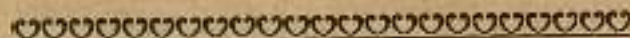
Protagonistas principales

Reed Howes, Alma Bennett y William Bailey



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925



PRIMERA PARTE

Reynard Trask, aristócrata del mundo del delito, podía fácilmente ser confundido con un caballero. Tan fácil era la confusión, que sucedía muchas veces. Entre los que no le conocían a fondo, por caballero pasaba. En realidad, era todo lo contrario. Aparte de otro sin fin de cualidades suyas, nada recomendables, dirigía una cuadrilla de bandidos, no valientes como se supone que son todos los bandidos, sino traidores y que siempre obraban en la sombra.

El día que da comienzo nuestro relato, Reynard fué, como de costumbre, a hacer una visita a sus hombres. En cuanto llegó, preguntó a uno de ellos que tenía cara de criminal y lo era:

—¿Quitaste ya de en medio al delator?

—Ya está despachado.

—Te felicito.

—No hay por qué. Era mi deber. Otro bandido se le acercó y le dijo:

Wanda, nuestra compañera de profesión, acaba de prestarnos una ayuda inestimable con un arma inesperada.

—¿Qué ha sido ello?

—Se puso a llorar. Gracias a sus lágrimas, hemos podido realizar con toda tranquilidad una de nuestras hazañas.

Como Reynard hiciera un gesto de duda, el bandido agregó:

—¿No lo cree usted? ¿Duda usted de la influencia de las lágrimas?

—Ni lo duco ni lo creo. Me es indiferente. Lo que me interesa es que podáis haber hecho lo que queráis. ¿Lo habéis hecho? Pues no necesito saber nada más.

Sin embargo de esto, Reynard se acercó a Wanda y le dijo, en tono de elogio:

—Magnífico, muchacha. Con esa facilidad que tienes para llorar, podrías convertir tus lágrimas en billetes de Banco sin esfuerzo ninguno.

Wanda sonrió. El bandido que había hablado de ella a Reynard, se acercó a éste y le dijo, con simulada amabilidad:

—Su abrigo tiene una pequeña arruga, capitán.

Y así diciendo, hizo como que arreglaba aquella prenda al jefe.

En seguida, éste salió. El bandido que le había arreglado el abrigo se acercó a Wanda y, sonriendo, le explicó:

—¿Has visto, amiga mía, con qué facilidad le ha

quitado la cartera? ¡Y es nada menos que el jefe de la cuadrilla!

Rieron ambos. Luego el bandido agregó:

—Nos repartiremos mitad por mitad los billetes de ese bobo.

Volvieron a reír, complacidos.

Era ya el anochecer. En otro lugar de la gran ciudad, Ricardo Armstrong, que trabajaba a grandes y peligrosas alturas, como mecánico, y que constituía un mundo para su madre, que no tenía otro sostén, se disponía a ir al teatro. Al efecto, dijo a la que le había dado el ser:

Debemos apresurarnos, mamá, para no llegar tarde. Me gusta llegar antes que empiece la función.

—Vete tú solo, hijo mío. Yo no puedo ir hoy. Quiero acabar de arreglar tu ropa.

Viendo que no podía convencer a su madre para que le acompañara, Ricardo salió solo.

Al pasar por frente a la casa de su patrón, que estaba entre la suya y el teatro, miró a los balcones. ¿Qué esperaba ver en ellos?

El patrón de Ricardo, Roberto Steele, estaba muy orgulloso de su éxito como constructor de grandes edificios. Pero estaba más orgulloso aún de la belleza de su única hija, Doris, que era huérfana de madre. Doris, realmente, era una belleza extraordinaria, maravillosa. No había nadie que la viese que no se quedase prendado de ella. Ricardo era uno de sus admiradores más fervorosos. Sin duda había mirado a los balcones esperando verla.

Otro de los admiradores de Doris era Reynard, a

quien su padre recibía creyéndole un esballero. Precisamente pocos momentos después de haber pasado por la puerta Ricardo, entró en la casa Reynard.

Un criado fué a dar cuenta de la visita.

—Señor, señorita—dijo el criado a sus dueños, que estaban juntos, —ahí está el señor Reynard Trask...

—Que pase—dijo Steele.

En cuanto el criado hubo salido, Doris dijo a su padre:

—No tendré ahora más remedio que ir al teatro con el señor Trask, puesto que tú no puedes salir... Y ello me molesta en gran manera... No sé por qué, ese señor no me es nada simpático...

Va lo sé, Doris, que no te es simpático... Pero te aseguro que tus prejuicios contra él son injustos... Hace mucho tiempo que le conozco y es una persona honorabilísima...

No lo niego... Sin embargo, lo repito, no me es simpático. Eso no se puede remediar.

—Es verdad. No obstante, si le tratas un poco más, quizá cambies de opinión.

—Tú tienes siempre razón, papá... Sin duda, tampoco ahora te equivocas. Pero, por encima de todo eso... la verdad..., el señor Trask no es mi tipo...

Hubieron de cortar el diálogo, porque el visitante se acercaba. Este, en cuanto entró, como Steele se alejara un poco de su hija, se acercó a la joven y le dijo con perfectamente simulada pasión:

—¿Cuándo va usted a consentir en ser mi esposa, Doris?

La joven le miró fijamente, durante un momento,

y no le contestó nada. Otro cualquiera, se habría muerto de vergüenza ante aquel silencio.

SEGUNDA PARTE

Fueron al teatro los dos. Doris con disgusto, pero prefiriendo estar disgustada ella a que lo estuviera su padre. Reynard, contentísimo, como un Don Juan, creyendo que aquel ir solos a un espectáculo podría acercarle algo a la joven, cuyo acercamiento debía influir, a su juicio, en sus propósitos para el futuro, que ya sabe el lector cuáles eran.

Antes de entrar en el teatro, y después de estar ya en él, les ocurrieron varias peripecias divertidas. Por suerte para Reynard, Doris no puso mayor atención en ellas, que si la hubiera puesto, se habría dado cuenta del papel ridículo que su acompañante estaba representando.

El caso es que, sólo al ir a sacar las entradas, Reynard se dió cuenta de que no llevaba dinero. No podía imaginar que le habían robado la cartera, a él, cuyo oficio era precisamente apoderarse de las de los demás. Unicamente pudo comprar una entrada de butaca, con la que, no sin protestas del portero, entraron los dos. A poco, otro espectador reclamó la butaca en que Doris se sentaba. Reynard ardía de bochorno. Afortunadamente, el poseedor de aquella butaca era Ricardo, que al darse cuenta de quien la ocupaba, no insistió, naturalmente, en su derecho. Pero Doris, atenta a lo que iba a suceder en el escenario, no se percató de nada de esto.

Reynard estaba todo lo intranquilo que se puede imaginar.

De pronto, Doris le dijo:

—Creo que va a ser una función preciosa... ¿No le parece a usted?

Claro es que Reynard no supo qué contestar. Miró a la joven exactamente como si ésta le hubiese preguntado si había habitantes en la Luna o algo por el estilo.

Reynard, que no se había dado cuenta tampoco de quién era el poseedor de la butaca que ocupaba Doris, temía que de un momento a otro pudiese venir a reclamarla. Debido a eso, la función le pareció eterna. Y puede decirse que salió del teatro como si acabara de salir de la cárcel, y sin haber oído ni una frase de la obra.

Doris, por el contrario, salió muy contenta y satisfecha. Todo al revés de como habían llegado. Los

papeles se habían cambiado totalmente. Al ir, la disgustada era ella, el contento él; al salir, él estaba de malhumor, puesto que todo había contribuido para



amargarle la noche, y ella contenta, porque la obra que había visto le había agradado en extremo.

No cambiaron ni una palabra, hasta la hora de la

despedida, en la puerta de ella, que fué pasados unos momentos.

Pero al día siguiente Reynard estaba invitado a comer en compañía de Steele, y esperaba poder recuperar lo perdido en aquella malhadada noche.

Los dos criados de la casa, Romo y Rémuló, no estaban muy contentos de tener que servir la comida a un extraño, y menos cuando éste les era tan poco simpático como a Doris.

Reynard lo advirtió y, para vengarse, habló mal de los criados a Steele. Venganza mezquina ciertamente. Si los criados hubieran sido amigos, podían haberle dado un disgusto, que bien se lo merecía. Pero eran rivales y se tenían mutuos celos. Tuvieron, muy pronto por cierto, que sufrir una reprimenda de Steele, influenciado por Reynard. Gritó a uno de ellos:

—A trabajar, Romo. Cualquiera diría, al verte, que el trabajo es una enfermedad mortal.

Y al otro:

—Arregla aquellas cortinas, Rémuló. ¡Pero bien!

En esto, había terminado la comida y Steele dijo a su acompañante:

—Venga usted a ver el último edificio que estoy construyendo, Trask. Es el más alto de los alrededores...

Salieron juntos, para ir a ver aquel edificio. Al encaminarse a él, hubieron de pasar por la puerta de la vivienda de Ricardo, que en aquel preciso momento llegaba a comer y que, como su madre salie-

ra a recibirle a la puerta, saltó del auto a sus brazos en un salto magnífico.

Cuando la buena mujer se refizo de la impresión, dijo a su hijo, cariñosamente:

—¡No vuelvas a dar ese salto! Se me rompería el corazón...

Steele, que lo había observado todo, bajó de su coche y dijo al joven:

—Armstrong, estoy orgulloso de contarle entre mis empleados.

Reynard, que sabía la simpatía que Doris sentía por aquel joven, se sintió molesto de los elogios que Steele le dedicaba. Pero su disgusto mayor fué cuando oyó que Ricardo decía a su amigo:

—Pues bien, señor Steele, puesto que está usted tan orgulloso de mí, le suplico que me dé su consentimiento para casarme con su hija dentro de poco tiempo... ¡Estoy locamente enamorado de ella!

Steele tomó a broma aquellas palabras y no hizo sobre ellas ninguna observación. Por su parte, Ricardo no creyó prudente insistir.

Después de una breve pausa, Steele, enterado de que Ricardo trabajaba por las noches en cierto aparato de su invención, con el que esperaba hacer fortuna, mostró interés en informarse de lo que fuese aquello.

Pasaron, con este motivo, al interior de la vivienda.

TERCERA PARTE

Ricardo mostró a sus visitantes el aparato por él inventado y les explicó, con todo detalle, su funcionamiento. Luego, les mostró un papel en el que tenía anotados sus cálculos, y explicó:

—Este cuadro comparativo muestra lo que puede correr un auto equipado con mi carburador.

Oigame una cosa, Ricardo—le dijo Steele, a quien había interesado el invento de su empleado;—tome usted parte en la carrera próxima, con un auto equipado con su carburador. Si la gana usted, le compraré a buen precio la patente de su invento.

—Trato hecho—contestó Ricardo sencillamente.

Su patrón se volvió hacia donde estaba la madre de Ricardo, y le dijo:

—Su hijo será rico algún día, señora Armstrong... La buena mujer no dijo nada a este vaticinio. A

ella le bastaba con que su hijo fuese feliz. Acudió al lado de él, con un cojín magnífico, y le dijo:

—Hice este cojín para tu coche, hijo mío... Así irás más cómodo en el asiento...

Ricardo abrazó a su madre por toda respuesta.

Steele y Reynard se despidieron. Este último iba disgustadísimo. Empezaba a comprender que su rival valía más que él en todos sentidos y que, fácilmente, podía ganarle la partida. Se dispuso, pues, a grabar a él, antes de que fuera tarde, pero no luchando cara a cara, que así perdería, sino obrando en la sombra, a lo que tan acostumbrado estaba. Por lo pronto, trató de aprovechar la ventaja que le daba su amistad con Steele. Así, en cuanto salieron de allí, le dijo de un modo para él otro inesperado:

—Creo, amigo Steele, que no podrá usted ningún inconveniente a mi casamiento con su hija...

—¿Su casamiento? ¿Pero son ustedes novios?

—Todavía no. He hablado varias veces con ella de este asunto. Ahora, cuando volvamos a su casa, la abordaré de nuevo, seriamente. Creo que es cosa hecha.

—Si ella quiere... yo, por mi parte, complacido...

Cuando volvieron a la casa de Steele, Reynard, en efecto, buscó a Doris y le dijo con la simulada pasión que tenía por costumbre:

—Por lo que más quiera usted, Doris, no me haga esperar tanto tiempo su resolución... ¿Por qué no me dice ahora mismo que consiento en ser mi esposa?

—No puedo contestarle lo que usted quiere, Reynard. Lo siento, pero no puedo. Yo soy una buena amiga suya, pero estoy segura de que no podría llegar a quererle nunca... y así, ¿cómo ser su esposa?

Reynard se marchó, meditando; trataba de encontrar una idea salvadora. Tenía ya interés en aquel matrimonio. Y era hombre acostumbrado a salirse siempre con la suya. Claro que obrando sin franqueza.

A los pocos días, Steele, creyendo que Doris y Reynard estaban en buenas relaciones, les mandó a dar un paseo en auto. Doris, aunque disgustada, fue. No tenía miedo.

A poco de salir de la ciudad, el auto tuvo un accidente. Se quedó parado en plena carretera. Momentos después de este percance, otro auto se acercaba, veloz. El ocupante, malhumorado por aquel inconveniente que retrasaba su carrera, exclamó en voz alta:

—¡No es nada agradable que me obliguen a salirme de la carretera!

Pero al acabar de decir esto, reconoció a los que a tal cosa le obligaban, y todo su disgusto desapareció. Ya no le importaba nada la carrera, puesto que Doris estaba allí. También ésta le reconoció a él y exclamó con evidente alborozo:

—¡Ay, señor Armstrong, qué sorpresa tan agradable! ¡Cuánto me alegro de volverle a ver!

Ricardo paró su auto y bajó a ver si podía arde-

glar el otro. No era posible. La avería era importante. Informada de ello Doris, le dijo:

—Iremos a buscar a la ciudad a alguien con lo necesario para componer este auto. Mientras, el señor Trask se quedará aquí cuidándolo.

No hay que decir lo desagradable que fue para Reynard esta disposición. Pero había que acatarla. Partieron Ricardo y Doris. Ricardo puso el coche a la máxima velocidad. Y como viese que Doris se inquietaba, le dijo:

—No se asuste usted... Hace diez años que soy el campeón de larga distancia de la ciudad.

Si no me asusto... aunque a usted le haya parecido así... Al contrario, me gustaría guiar el coche como usted... ¿Debe ser tan emocionante?

Se cruzaron con un muchacho simpático que dijo a Ricardo:

—Cuando yo tenía su edad, caballero, solía pasear a mi novia por este mismo camino.

Los dos jóvenes se miraron, con profunda simpatía.

Un momento después, ya estaban en la ciudad. Doris le dijo:

—¡Nunca he visto a nadie que gule con la sangre fría y la habilidad de usted!

Ricardo se acercó a ella y mostrándole un objeto, le dijo:

—Es un alfiler que gané en un concurso... No vale nada, pero me gustaría que usted lo usara... como un recuerdo mío...

—¡Oh, sí, con mucho gusto!

Hubieron de despedirse. Ricardo tenía que volver al trabajo. Ella había de ir a donde Reynard esperaba...

Al día siguiente, Doris se personó en el edificio en que Ricardo trabajaba. Y subió hasta las peligrosas alturas en que aquél estaba, sin miedo. El, al verla, le dijo, todo preocupado:

—No debía usted correr el peligro de subir hasta aquí, señorita.

Antes de que ella contestara, se presentó su padre, que dijo a Ricardo en tono de reproche:

—Supongo, Armstrong, que usted tiene la culpa de que mi hija se haya expuesto a este peligro...

Ricardo iba a contestar adecuadamente. No le dejó Doris, que dijo:

—Te equivocas, papá... He subido por mi gusto. Tenía necesidad de hablar con Ricardo y he venido a ello. Eso es todo.

CUARTA PARTE

Hubo un momento de silencio. Ricardo lo rompió, riendo, complacido, y diciendo a su patrón:

—Doris ha venido a verme, porque es mi novia, ¿sabe usted? Y ya que se lo he dicho, dígame otra cosa, señor Steele: no tenía intención de decírsela tan pronto, pero ya que se ha presentado la oca-



sión... Es el caso, que Doris y yo nos amamos y que deseo hacerla mi esposa. ¿Qué contesta usted?

¡Joven, ni es este el sitio a propósito, ni la ocasión oportuna para pedirme la mano de mi hija!

En este momento, llegó Reynard, que había seguido a Doris y a Steele. Como lo oyera todo, observó a la joven, que mostraba gran disgusto por la

respuesta de su padre. Temeroso de que todos sus planes se fuesen a tierra, aconsejó al que ya juzgaba como suegro y del que era tratado como yerno:

—No contrarie usted a Doris... Es capaz de hacer una tontería... Lo mejor es contempornizar ahora... y tratar después de poner en evidencia a Armstrong...

Claro es que todo esto fué dicho en voz baja al oído de Steele, de modo que ni Doris ni Ricardo pudieron oírlo. Steele miró a su hija y, viéndola pálida, comprendió la oportunidad del consejo de Reynard, lo que le hizo decir a Ricardo:

—He reflexionado, Armstrong... Vaya a verme a casa dentro de diez días, y lleve veinticinco mil pesetas en la mano... Ya ve que le pido poco, en comparación de lo que mi hija llevará... Entonces hablaremos.

Lo de las pesetas lo había dicho Steele para crear un inconveniente, que era insalvable. Su asombro fué extraordinario cuando Ricardo le contestó:

—Muchísimas gracias, señor Steele. Acepto su proposición... He inscrito mi coche para la carrera próxima, como usted me aconsejó, y ganaré el premio, que son precisamente veinticinco mil pesetas... Iré, pues, a verle, con ellas en la mano...

La víspera de la carrera, Reynard congregó a su gente con el fin de que evitaran que Ricardo tomara parte en ella. Pronto estuvieron de acuerdo, toda vez que se trataba de un plan malvado y hacer maladas era su ocupación.

Entretanto, Doris conquistaba un trono en el corazón de la madre de Ricardo, pues creyéndose ya

novia oficial de éste, iba cada día a ver a su madre. Aquella noche, cuando Ricardo regresó del trabajo, Doris estaba aún allí, y le dijo al verle llegar:

—¿Listo ya listo tu automóvil, Ricardo?

—¡Listo de primera! Lo dejé en un garage de la ciudad, perfectamente dispuesto para la carrera de mañana.

—¿No crees que será prudente ir a vigilarlo esta noche?

—Tienes razón... Quédate aquí a dormir, para hacer compañía a mi madre, e iré yo a pasar la noche en el propio auto... Mañana nos veremos todos en la pista.

—Yo no, Ricardo—dijo su madre.—No quiero ver la carrera... Sería demasiada emoción para mí...

En este momento, llegó uno de los criados de Steele, que dijo a Ricardo:

—No he olvidado, señor, que una vez me salvó usted la vida... Por esto, ahora le traigo una cola de liebre... Si la lleva en su automóvil, no puede perder.

—Precisamente voy a la ciudad... adonde está el auto. Venga usted conmigo y póngale la cola usted mismo.

—Vamos...

No llegaron a la ciudad. Los bandidos, que estaban al acecho desde el anoche, se apoderaron de ellos.

Al día siguiente, miles de personas se congregaron para presenciar el suceso automovilístico de más importancia del año: la carrera nacional.

Mientras que, a cincuenta kilómetros de distancia de la ciudad, en los subterráneos siniestros de una casa que allí tenía alquilada Reynard, para ocultar los frutos de sus fechorías, Ricardo se vela alejado de la pista... de Doris... y de toda posibilidad, por lo tanto, de poder ir a ver a Steele en la fecha por éste indicada para hablar del matrimonio. Esto le hacía desesperarse de un modo extraordinario. Había razón para ello. De pronto, se oyó un silbato. Su compañero de cautiverio comentó:

—Ese silbato indica que son las doce, señor... ¡y la carrera empieza a la una! ¡Tomemos que hacer algo!

—Ya lo sé! ¿Pero qué hacer?

—Algo, cualquier cosa. ¡Es preciso escapar!

—¡Es preciso, ciertamente! No solamente preciso, sino necesario de toda necesidad.

Empezaron, en seguida, a planear un modo de poder huir. Si bien lo habían estado pensando toda la noche, entonces lo pensaron con mayor intensidad. Y no cabía duda ya de que habían de lograrlo. Pues basta desear fervientemente una cosa para que esta cosa sea.

Retretanto, en la pista, la hora de la carrera se acercaba y Doris, inquieta de no ver llegar a Ricardo, empezó a temer que le hubiese sucedido cualquier desgracia. Tanto le preocupó esta idea, que se preguntó a sí misma:

—¿Qué le habrá sucedido?

QUINTA PARTE

Como pasaron algunos minutos más y Ricardo no llegaba, Doris se decidió a ir a hablar con el árbitro de la carrera, para que, de poder ser, ésta se retrasara algunos minutos, a ver si de este modo Ricardo llegaba a tiempo. Dijo al mencionado árbitro:

—¿No es posible retrasar el momento de la salida? El señor Armstrong no debe tardar en llegar...

—Imposible, señorita... La carrera debe comenzar a la hora señalada en punto. Es una cosa muy seria, que no está en mi mano modificar...

—Ya lo comprendo... Pero a ese muchacho debe haberle sucedido algo grave, cuando no ha llegado ya. De otro modo, no me explico su tardanza. Y lo cierto es que, sin él, la carrera pierde casi todo su interés... Pues lo que se espera en ella, más que nada, es saber si ese aparato que él ha inventado da o no el resultado que se cree.

—Tiene usted razón. Pero, ¿qué hemos de hacer?

Doris se alejó del árbitro con el alma entristecida. Veía alejarse, con todo esto, la posibilidad de ser la esposa de Ricardo tan pronto como ella lo deseaba, especialmente por alejarse de las galanterías de Reynard, que ahora tenía que soportar por no disgustar a su padre.

A la misma hora en que Doris se interesaba por él, Ricardo trabajaba sin cansarse para huir de su prisión. Le ayudaba, con fervor, su compañero de cárcel. Lograron, tras improbos esfuerzos, su objeto. Pero ya fuera, se hallaban a cincuenta kilómetros de la ciudad. ¿Cómo salvar aquella gran distancia en tan poco tiempo?

Cerca estaba el ferrocarril. Pasaba un tren. Subieron a él. Pero el tren tenía que dar un gran rodeo, por junto a un lago. Al llegar a éste, un barco que lo cruzaba estaba a punto de zarpar. Pudieron subir a él, haciendo maravillas de presteza. Al otro lado del lago, el único medio de comunicación que se les ofreció fué un aeroplano. No vacilaron en hacer uso de él. Y así llegaron a la ciudad.

Por fortuna para Ricardo, los bandidos no habían podido averiguar dónde tenía el auto. Lo encontró en el garage, dispuesto como lo había dejado el día anterior. Montó en él y partió para la pista como un ciclón. Fué el asombro de cuantos le vieron volar, que no otra cosa que volar era aquello.

A la mitad del camino, oyó que daba la una en un reloj. No se desanimó.

Cuando llegó a la pista, un minuto después de ha-

ber partido para la carrera todos los demás autos, logró permiso para tomar todavía parte en ella, pue-



to que él lo quería y en ello el único perjudicado, en todo caso, era él.

Partió, a toda máquina, sin perder la esperanza en

la victoria. Doris lo vió y su corazón recibió una de las mayores alegrías de su vida. También lo vió Reynard, que de haberse guiado por su instinto, la habría emprendido a tiros con él para quitárselo de en medio de una vez para siempre.

Al terminar la primera vuelta de la carrera, que era de cien kilómetros, Ricardo llevaba ya el tercer lugar, con asombro hasta de los que más confiaban en su triunfo.

Cuando se cumplía la segunda vuelta, Ricardo llevaba ya el segundo lugar. No había ya la menor duda de que la victoria había de ser suya. Así lo comprendió Reynard, con gran desesperación. Pero aun no perdió la esperanza de aguar aquel triunfo. Había llevado a la pista, por lo que pudiera suceder, todas sus armas de bandido. Entre ellas, un auto que era conocido en toda la ciudad por el sobrenombre de el auto de la muerte. Lanzó, contra su rival, aquel arma destructora, guiado por los hombres más malvados de su cuadrilla, a los que ordenó:

¡Estrellarle! ¡Obligarle a salir de la pista!

El primero en darse cuenta del peligro que corrían fué el criado de Steele, que le acompañaba en la carrera como arriante, puesto que no había tenido ocasión de buscar otro. Y tan cerca vió el peligro, que dijo a Ricardo:

—¡Ahora sí que ya no hay remedio! ¡Mire ese coche que nos persigue! ¡Se ve que viene a matarnos! Si usted queda vivo, dígame al otro criado de Steele que he muerto como un valiente y que le perdono todo

el mal que me ha hecho, como espero que me perdone el que yo haya podido hacerle a él.

—No hables de morir ahora—le dijo Ricardo.—Estamos aquí para ganar la carrera, y no para morir.

El auto de la muerte no corría tanto como el de Ricardo, de modo que todos sus esfuerzos por alcanzarlo fueron nulos.

Así, cuando ya la carrera iba a terminar, cuando sólo faltaban unos segundos para su fin, Ricardo iba en el primer lugar.

SEXTA PARTE

Iba Ricardo en el primer lugar... El triunfo, pues, era suyo... Pero Reynard lo vió y, en aquel momento supremo, echó mano de su arma postrema. Hizo que un niño de pocos años cruzara la pista, por unos metros antes de la meta. Si Ricardo no le veía y le mataba, le aguaba la fiesta. Si le veía y paraba, per-

dería la carrera. De cualquier modo, conseguiría su derrota.

Ricardo vió al niño, pero tan cerca ya de él, que, para no matarle, hubo de volver su coche, en un viraje rapidísimo. Le sacaron de allí sin conocimiento, medio muerto, hecho una masa sanguinolenta. Otro ganó la carrera.

Después de largos días de ansiedad y de horror, Doris obtuvo permiso para ver a Ricardo, que estaba en un hospital. Reynard la acompañó, complaciente. Y la llevó, pues él era el guía, a una sala en la que había, exproteso para aquella escena, uno de sus bandidos, que no dejó que la joven se acercara a su cama, insultándola con las palabras más sucias, simulando ser Ricardo. Hasta tal punto llevó aquel hombre sus insultos, que Doris no tuvo ya ningún interés en acercarse al enfermo; al contrario, quería alejarse, y dijo a su acompañante:

—Vámonos de aquí, Reynard. No quiero volver a ver a ese hombre... ¡Acaba de morir para mí!

Sin nada que temer ya de Ricardo, Reynard empezó a redoblar sus esfuerzos por conquistar a Doris desde aquel mismo momento. Al efecto, dijo:

—Siento mucho que Armstrong le haya hecho sufrir...

Creyendo sinceras estas palabras, Doris le dijo:

—Ha sido usted muy bueno para conmigo, y muy complaciente, lo reconozco, señor Trask... Si yo pudiera agradecerle debidamente todo eso...

—No piense en agradecer nada... ¡Permítame que le ayude a olvidar el desengaño que acaba de sufrir!

Diga usted, al fin, que consiente en ser mi esposa.

Herida por la desilusión que había llevado a su alma aquella escena preparada, Doris consintió en lo que Reynard demandaba, sin pensar mucho en ello...



Entretanto, Ricardo pensaba en ella, casi más que en su madre. Y ésta, para la que ningún sacrificio era demasiado grande tratándose de su hijo, se había visto obligada a vender la casita en que vivían para que a Ricardo no le faltara ningún cuidado de médicos y enfermeros. Y cuando ya hasta estos re-

cursos se iban acabando, tuvo la suerte de que la compañía de que era gerente Steele le comprara la patente de la invención de su hijo, pues que se había visto su buen resultado en la carrera. Fue, loca de contento, a darle la noticia a Ricardo, que le dijo:

—Me alegro por ti, querida madre, de que te hayan comprado la patente. Así podrás volver a comprar nuestra casita, que era lo único que tenía en el mundo, y que no debías haber vendido... También me alegro por mí, puesto que ahora tendré las veinticinco mil pesetas para poderme casar con Doris.

Un mes más tarde, estando ya de nuevo en su casa, y el día que terminaba su convalecencia, por lo que recibió permiso del médico para poder salir, Ricardo se dispuso a ir a ver a Doris, ignorando que precisamente aquel mismo día estaba señalado para su boda con Reynard.

Este, temeroso de que a última hora se presentara Ricardo y lo echara todo a rodar, ordenó a sus hombres que acondicionaran el camino desde la casa de Doris a la de Ricardo, para evitar cualquier contratiempo.

Para asegurarse, preguntó a su subalterno:

—¿Lo has dispuesto todo de manera que no haya peligro de que Armstrong perturbe el casamiento?

—Tengo a los hombres bien distribuidos para que no pueda llegar aquí. Uno de ellos está en la puerta de su casa en un taxi.

—Perfectamente. Yo lo tengo todo preparado para salir de la ciudad en cuanto se celebre la ceremonia.

Ricardo salió de su casa, en posesión de toda su

fuerza y de las veinticinco mil pesetas. Hubo de luchar con el del taxi, al que venció en seguida, teniendo la facilidad, después, de poder continuar su camino en coche. Pero un nuevo obstáculo surgió de improviso. Un túnel que había en construcción, se hundió al pasar él. Quedó enterrado, con algunos de los hombres que le acechaban. No le pasó nada grave, y fue el organizador de los primeros trabajos de salvamento. Salvó de la muerte a los que le acechaban para matarle. Y aquellos hombres, entonces, se pusieron de su parte, para ayudarle en todo. Y le contaron para qué estaban allí. Por unas tuberías que daban a la casa en construcción en que trabajaba antes de la carrera, y que él descubrió, salieron a la luz del sol.

Tuvieron que luchar con otros hombres de la cuadrilla que les aguardaban allí, avisados por un compinche que se había salvado solo y que se había enterado de todo. Los vencieron. Y llegaron a la casa de Doris, donde Ricardo, de un solo puñetazo derribó a Reynard al suelo. Uno de los bandidos refirió a Doris todo lo sucedido, incluso la comedia del hospital. Y ella, viendo que el hombre a quien había amado era digno de su amor, ahora como el primer día, se echó en sus brazos emocionada.

FIN

Nueva colección de Postales-retratos de
ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografías)

ART ACORD	LILLIAN HALL
AGNES AIRES	WILLIAM S. HART
ITALIA ALMIRANTE (MANZINI)	WANDA HAWLEY
MARY ANDERSON	SHIRAZ HAYAKAWA
ROSCOE ARBUCKLE (Fatty)	WALTER HILLS
RICHARD BARTELMER	HELEN HOLMES
ENNID BENNETT	CAROL HOLLOWAY
ARMAND BERNAT	GLORIA HORTON
FRANCESCA BERTINI	JACK HOKER
CONSTANCE BIRNEY	CHARLES HUTCHITSON
GEORGES BIRCHOT	GARY HUGHES
ALICE BRADY	MARIA JACOBINI
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NAROTA CAPRI	ROMUALD JOURB
JUNE CAPRICE	LEATRICE JOY
HARRY CAREY (DAYNA)	ALICE JOYCE
JAWEL CARMEN	DIANA KARENNE
IRENE CASTLE	TILDE KARSAY
MARGARITA CLAROK	RUSTEN KEATON (Pamplinas)
JANE COLW	MADGE KENNEDY
GRACE CUNARD (Lun) (Be)	DORIS KENTON
ELMNA CHADWICH	NORMAN KERRY
LON CHANEY	GLORIA KIMBALL YOUNG
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	MOLLIE KING
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	JAMES KIRKWOOD
(Palazzo)	NATALIA KOWANCO
DOROTHY DALTON	LAURA LA PLANTE
VIOLA DANA	DOUGLAS MAC LEAN
BESS DANIELS (Ma)	VICTORIA LEPANTO
HELENA DABLY	MITCHEL LEWIS
RACHEL DAVYRIN	ELMO K. LINCOLN
PRISCILLA DEAN	MAX LINDER
CAROL DEMPSTER	ANNA LITTLE
REGINALD DENNI	BERT LITTLE
WILLIAM DESMOND	MARGARET LIVINGSTON
SYNIA DESNI	LUISA LORRAINE
KATHEENS MAC DONALL	BESSIE LOVE
LUCY DORAIN	LOIRE LOVELY
WILLIE DOVE	HAROLD LLOYD (Hi)
WILLIAM DUNCAN	MACISTE
MISS DU-PON	CHARLES MACK
MAXIM ELLIOT	GINETTE MADDER
ELIZABETH FAIR	LYA MARI
DOUGLAS FAIRBANKS	MAR MARR
FRANKLIN FAIRUM	MARGARET MARR
WILLIAM FAIRUM	SHIRLEY MASON
GERALDINA FARHAM	M. MATHU
KISIE FERGUSON	FRANK MAYO
MARGARET FISHER	THOMAS MURPHY
FRANCIS FORD (Comde Hugo)	MARY MILES MINTER
ALEX B. FRANCIS	SANDRA MILLOWANOFF
PAULINA FREDERICK	GASTON MITCHEL
MAUDE GEORGE	TOM MIX
EDUARDO (HOOT) GIBSON	BLANCHET MONTEL
JEQUELINE GODWIN	TOM MOORE

ANTONIO MORENO
 JACK MULHALL
 MAE MURRAY
 RENE NAVABRE
 ALLA NAZIMOVA
 POLA NEGRI
 ANA O. NILSON
 MARCEL NORMAND
 MARIA OSBORNE
 BENA OWEN
 BABY PAGE
 JEAN PAGE
 LIVIO PAVANELLI
 DORIS PAWE
 HELEN PRECY
 HOUSE PETERS
 MARY PHILBIN
 JACK PICKFORD
 MARY PICKFORD
 EDDIE POLO
 HENNY PORTER
 MARIA PREVOST
 PRINCE (Salustiano)
 HERBERT RAWLINSON
 CHARLES RAY
 WALLACE REID
 PETITZ RATHEWAY
 M. EINSOKE

CAMILO DE RISSO
 WILL ROGERS
 RUTH ROLAND
 MARCELLE ROLLET
 WILLIAM RUSSELL
 PATSI RUTH MILLER
 JOE RYAN
 CLARISE SELWYNE
 LARRY SIMON
 GUSTAVO SERENA
 PAULINE SPARK
 ANITA STEWART
 GLOEIA SWANSON
 CONSTANCE TALMADGE
 NORMA TALMADGE
 ALICE TERRY
 OLIVER THOMAS
 MADELAINE TRAVESSE
 RODOLFO VALENTINO
 VIRGINIA VALLI
 VERA VEBGANI
 MARIA WALCAMP
 GEORGE WALSH
 GLADIS WALTON
 FANNIE WARD
 PEARL WHITE
 BEN WILSON

20 céntimos ejemplar

Dice por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por
 Giro Postal a Publicaciones Mundial, Apartado de Co-
 rreos 925, Barcelona.

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3'— "
Jolie des Modes de Paris . .	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de		
Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames . . .	Temporada	3'— "
" " Ceremonies	"	5'— "
" " Blouses	"	5'— "
" " Enfants	"	3'— "
" " Lingerie	"	5'— "
" " Tailleur	"	5'— "
" " Gentlemen	"	5'— "
Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis . .	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 "
Tres Chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barbard, 15, Apartado 925 — Barcelona